

**LA MIRADA DEL VIAJERO A
TRAVÉS DEL CALEIDOSCOPIO DEL
MUNDO**



**UNIVERSITAT
JAUME I**

**Facultad de Ciencias Jurídicas y Económicas
Grado en Turismo**

Alumna: Altea Gimeno Santos Juanes

Tutora: Marina López Martínez

Asignatura: Trabajo de Final de Grado

Curso académico: 2021-2022

RESUMEN

El presente trabajo de final de grado, en la modalidad de revisión bibliográfica, propone la interrelación del fenómeno de viajar con la psicología mediante el estudio de las características psicológicas de los viajeros antes, durante y después de emprender un viaje y la observación de su experiencia en la literatura. Un antes, un durante y un después, en los que confluyen imaginación, realidad y recuerdo. Como si a través de un caleidoscopio se mirase al mundo, la imaginación, aquello que se ansia descubrir, podrá hacerse o no realidad; la realidad, enmarcada por las vivencias del presente, se destilará en recuerdo; recuerdo, que por más que se desee revivir nunca volverá a ser realidad.

Palabras clave: viaje, viajero, psicología, tiempo, mente, mirada, ciudad

ABSTRACT

This final degree project, as a literature review, proposes the interrelationship of the phenomenon of traveling with psychology by studying the psychological characteristics of travelers before, during and after embarking on a journey and observing their experience in literature. A before, a during and an after in which imagination, reality and memory come together. As if looking at the world through a kaleidoscope, imagination may or may not come true; reality will always become a memory and the memory will never come true again.

Key words: journey, traveller, psychology, time, mind, gaze, city

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	5
2. OBJETIVOS	6
3. MARCO TEÓRICO	7
3.1 La figura del viajero	7
3.2 El modelo global de psicología del turismo	8
3.3 Literatura y escritura como proyección de la experiencia del viajero	9
4. METODOLOGÍA	11
5. ANTES DEL VIAJE	12
5.1 El proceso de toma de decisiones	12
5.1.1 El deseo de viajar	13
5.1.2 La búsqueda de información	14
5.1.3 Las imágenes mentales	15
5.1.4 La evaluación de las alternativas y la elección del viaje	16
6. DURANTE EL VIAJE	16
6.1 La atención y la percepción durante el viaje	17
6.1.1 La atención	18
6.1.2 La percepción	18
6.2 La conducta del viajero	20
6.2.1 Los mapas cognitivos	20
6.2.2 Las representaciones sociales	21
6.2.3 El incesante aprendizaje del viajero	22
7. DESPUÉS DEL VIAJE	24
7.1 Memoria y atribuciones	24
7.1.2 Los recuerdos del viaje	25
7.1.3 La memoria colectiva	27
7.3 El infinito viajar	28
8. CONCLUSIONES	28
9. BIBLIOGRAFÍA	29

1. INTRODUCCIÓN

La revisión bibliográfica constituye una aproximación hacia la comprensión del fenómeno de viajar que traspasa las fronteras del espacio y del tiempo. Espacio, que como *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino (1972), permanecerá en el anonimato. Lienzo libre de topónimos en el que la imaginación de cada individuo recreará su propio locus amoenus. Y tiempo, cuya constancia pasada, presente y futura eclipsará paulatinamente al espacio. Tiempo, cuyo ostinato ilusorio y persistente, delimitará la cartografía del viaje al que induce el propio estudio. Como protagonista, la figura de un viajero elocuente guiado por la brújula de su mente y tomando su mirada por bandera. Mente y mirada en las que se halla la génesis de este viaje.

En primera instancia, la mente se corresponde análogamente con la psicología, definida por la exorbitante multidisciplinariedad de procesos, sensaciones, percepciones y comportamientos imperantes en cada instante del viaje. La lógica con la que se concibe el caleidoscopio del mundo ante el supremo arte del azar (Unamuno y Jugo, 1914). Sin embargo, el reflejo de la esquematización psicológica resultaría imperceptible sin la mirada del viajero (Latorre, 2017). Mirada entendida como su inalienable experiencia plasmada desde tiempos inmemorables en la huella de la humanidad. Mirada que yace de la pulsión antropológica y se traduce en literatura, nutrida por versos de vida casi tan transformadores como los viajes que emprendieron sus poetas.

El estudio fenomenológico del viaje enactivo a través de la mente y la mirada del viajero se estructura fundamentalmente entorno a tres apartados, que bajo la supremacía del tiempo, aluden a las tres etapas que envuelven el proceso del viaje. En primer lugar, el *Antes*, en el que la imaginación catapulta al viajero al futuro; seguidamente; el *Durante*, momento tan presente como nuclear sumiso al frenesí conductual; y por último, el *Después*, pasado instante en el que la realidad se destiló en recuerdo. Todas ellas, contenidas por fronteras psicológicas, si bien temporales y atemporales, conocidas y desconocidas, fidedignas e ilusorias, en las que el viajero sucumbe al insaciable encuentro con su álter ego.

Partiendo de la polaridad fronteriza, se vagará hacia una polaridad conceptual cuya perpetua dialéctica hegeliana, retratada por las múltiples tesis y antítesis esbozadas, invadirá la totalidad del viaje. Desde la teoría y el pragmatismo; el *tiempo apasionado* (Savater, 2015) y el tiempo como magnitud física; *El infinito viajar* de Claudio Magris

(2005) y *El viaje imposible* de Marc Augé (1998); hasta el lapso temporal en el que la trivialidad se apodera de las palabras ante la majestuosidad de las emociones. La culminación de la triada, su síntesis, como la del viaje, no será más que un nuevo comienzo pero con un renovado bagaje.

En definitiva, este estudio no es sino la más neófito plasmación de la teoría del iceberg del erudito Hemingway, cuyos leitmotivs, la mente y la mirada del viajero, construyen tan solo el trampolín hacia el más profundo viaje emocional, encarnado por las tres Gracias de nuestra esencia moral: la Imaginación, la Esperanza y la Memoria (Burton, 1856).

2. OBJETIVOS

El planteamiento de los objetivos tanto en líneas generales como específicas configura el sistema de coordenadas geográficas del estudio. Infinidad de líneas imaginarias, pero necesarias, que aparentemente redirigen el influjo de ideas desde el caos hasta el orden.

En referencia al objetivo general del mismo, se corresponde con el estudio del viaje como fenómeno secuenciado en el tiempo desde una perspectiva psicológica. En el que se identifiquen las características psicológicas de los viajeros en cada una de las fases del mismo con aportaciones de su experiencia a través de la literatura.

La idea primigenia conduce a la formulación de cuestiones específicas, que, aunque disten en mayor o menor medida del objetivo central, resultan imprescindibles para su comprensión holística. Tales como: ¿Realmente las características psicológicas individuales de cada viajero determinan su visión a través del caleidoscopio del mundo?, o más bien, ¿Es el viaje como experiencia transformadora el que incide en la configuración psicológica del individuo?; ¿Cómo se interrelacionan o subordinan los procesos psicológicos a lo largo las distintas fases que envuelven el viaje?; ¿Influyen la literatura y la escritura antes, durante y después del viaje, condicionando la experiencia y el porvenir de la figura del viajero?, y, por último, ¿No es el desplazamiento geográfico más que la mera metáfora del desplazamiento interior hacia algún lugar de la propia mente?

3. MARCO TEÓRICO

El marco teórico se identifica como el microcosmos conceptual a través del cual versará la consecución de los objetivos de la investigación. Microcosmos acotado retóricamente por las dos columnas de Hércules, alegoría del límite entre el mar de nociones en el que navega el estudio, y los océanos de conocimiento que le aguardan más allá. Primeramente, se definirá *la figura del viajero*, protagonista del estudio; a continuación, el *modelo global de psicología del turismo*, la fundamentación teórica; y finalmente, *la literatura y escritura como proyección de la experiencia del viajero*.

3.1 La figura del viajero

La figura del viajero se construye a lo largo del estudio tomando como base la definición de *viajero* propuesta por la Organización Mundial del Turismo (1975), que alude a toda persona que se desplace entre dos lugares geográficos diferentes independientemente del motivo o duración, sin hacer distinción entre excursionistas, visitantes o meros turistas. A pesar de no proyectar el trabajo hacia la divergencia entre viajeros y turistas, ni incidir en la segmentación psicográfica de los mismos, las continuas pinceladas de vivencias esbozarán tanto implícita como explícitamente el retrato del protagonista. Un viajero que a diferencia del turista, “es tan antiguo como la conciencia humana.” (Saldarriaga Roa, 2011, p.16).

Un viajero polifacético, cuya identidad es móvil, voluble y se modifica (Zygmunt, 2013) y se reconoce con “viajeros de todo tipo y especie: arqueólogos y antropólogos incipientes, artistas en ciernes, trotamundos, burgueses y aristócratas interesados en conocer el mundo” (Saldarriaga Roa, 2011, p.25). Divaga en un espacio concebido como un lugar que “no es solo su presente, sino también ese laberinto de tiempos y épocas diferentes que se entrecruzan en un paisaje y lo constituyen” (Magris, 2005, p.12). Escenario en el que transcurren sus vivencias, su felicidad o melancolía, que tal y como expresa el propio Magris (2005) excavan los pliegues y arrugas que de un rostro “que nunca tiene solo la edad o el estado de ánimo de aquel momento, sino el conjunto de todas las edades y todos los estados de ánimo de su vida.” (Magris, 2005, p. 12).

Un viajero con características tan atávicas como las del *Homo mobilis*, neologismo acuñado por García Mas y García Mas (2005), que hace referencia a los

primeros homínidos que brindaron como especie “su necesidad ancestral de buscar nuevos paisajes, su curiosidad por las tierras lejanas” (García Mas y García Mas, 2005, p.219) desde África hasta Asia y Europa. Indicativo “de una disposición natural en nuestra especie hacia el movimiento y el traslado, hacia el camino” (García Mas y García Mas, 2005, p.218), movimiento del que dependía su supervivencia. Además, se les atribuye la consideración de factores disposicionales como los hábitos, estilos atencionales o leyes de percepción que tanto influyen en la experiencia turística (García Mas y García Mas, 2005).

Aunque también un viajero con características tan contemporáneas como las del *Viajero en el tiempo*, neologismo que esta vez incide sobre “su capacidad de fantasía e imaginación inventando viajes nunca realizados o creando imágenes que se superponen al viaje que realmente está haciendo o que se halla a punto de iniciar.” (García Mas y García Mas, 2005, p.19). En esencia, ambos esculpen una figura simbiótica “presente, en distinta forma y grado, en todos y cada uno de los millones de turistas que diariamente cruzan de una parte a otra del globo”. (García Mas y García Mas, 2005, p.19).

3.2 El modelo global de psicología del turismo

La Mente del viajero

El modelo global de psicología del turismo, formulado por Alexandre García Mas y Assumpta García Mas (2005), se corresponde con el epicentro en torno al cual se articula el trabajo. Modelo cuya condición viene determinada por partes deductivas procedentes de teorías psicológicas, de marketing u otras disciplinas relacionadas con el fenómeno turístico; y partes inductivas sustentadas por investigaciones empíricas y experimentales (García Mas y García Mas, 2005).

Su genealogía se remonta a modelos con un marcado enfoque espacial como *el sistema básico del turismo* propuesto por Leiper (1990), que interrelaciona los diferentes factores que tienen relevancia en una situación turística; e intentos de clarificación de las características más importantes de los turistas como el de Burkart y Medlik (1981). No obstante, el presente modelo de carácter interactivo profundiza en la sistematización del turismo y la psicología, incorporando conceptos con menor aliciente investigador como la conducta, la atención o la percepción frente a las expectativas o motivaciones. En

esencia, “se basa en la aplicación de los diferentes procesos psicológicos básicos a las distintas situaciones turísticas que puedan darse.” (García Mas y García Mas, 2005, p.23).

A grosso modo y de acuerdo con sus autores, se estructura de forma lineal y ordenada en el tiempo en tres secciones correspondientes a las tres fases del proceso del viaje. La primera de ellas, el *antes* del viaje, desde que se despierta la motivación, ese deseo de viajar que desencadenará la búsqueda de información, construirá las expectativas del viajero y culminará con la toma racional de decisiones. Seguidamente, el *durante*, tan álgido como presente en el que la conducta del viajero es la consecuencia inmediata de los antecedentes mencionados, fundamentada por su capacidad atencional y perceptiva. Y por último, el *después*, momento en el que la memoria destilará las vivencias y emociones en recuerdos (García Mas y García Mas, 2005).

En definitiva, el modelo concluye con la objeción que desde la perspectiva psicológica “la parte más relevante del viaje no se realizaba en la experiencia sino en la mente del viajero, antes, durante y después del viaje” (García Mas y García Mas, 2005, p.219), como indicativo de que “no son tan importantes los caminos que se recorren en el espacio como los que suceden en el tiempo, en los tiempos de cada viajero.” (García Mas y García Mas, 2005, p.219).

3.3 Literatura y escritura como proyección de la experiencia del viajero

La Mirada del viajero

Según Gasquet (2006, p.32) “a través de la historia del viaje podría escribirse la entera historia de la humanidad”. Viaje que desde el primer texto literario del mundo, la *Epopéya de Gilgamesh*, representa la pura alegoría del conocimiento entre el espesor mitológico y divino. De Mesopotamia a Grecia, al yacimiento de la *Odisea*, en la que viaje y literatura aparecen analógicamente vinculados en cuanto a la exploración, identificación y deconstrucción del mundo, apunta Magris (2005). Sin más dilación, el viaje y el relato de aquello que se había contemplado o imaginado han permanecido indisolublemente unidos (García Mas y García Mas, 2005). Un viaje simultáneo en el mundo y en el papel que en palabras del escritor italiano, “es de por sí un continuo preámbulo, un preludio de algo que siempre está por venir y siempre está a la vuelta de la esquina; partir, detenerse, volver atrás, hacer y deshacer maletas.” (Magris, 2005, p.6).

“Vivir, viajar, escribir” (Magris, 2005, p.11) retratando el mundo y el viaje a través del mundo, con la finalidad última de “unir el arte y la vida, escribir lo que se vive. Experiencia vivida y escritura inmediata, casi escritura automática” apunta Piglia (2005, p.114). Por su parte, Zygmunt (2013, p.122) refuerza dicha idea debido a que “se podría decir que se escribe como se viaja y la manera de viajar está reflejada en la manera de construir el discurso.”, y por lo tanto “la forma de narración es un síntoma del modo de encarar, conceptualizar y experimentar el viaje” (Zygmunt, 2013, p.122).

Viaje en el espacio, en el tiempo y contra el tiempo, en el que “el viajero -el escritor- baja como un arqueólogo a los diferentes estratos de la realidad” (Magris, 2005, p.12) intentando salvar sus vivencias e historias “del río del tiempo, de la ola disipadora del olvido” (Magris, 2005, p.12). Resulta irrefutable la marcada dependencia de los viajes del factor tiempo dado que “el viaje significa una franca ruptura en la distribución del tiempo habitual.” (García Mas y García Mas. 2005, p.28) que requiere, en mayor o menor medida, una adaptación en la percepción de su transcurso. Y en efecto, gracias a la literatura, también podemos conocer el fluir, sentir y el ímpetu de la experiencia de los viajeros, dado que “toda obra literaria se propone introducir un tempo diferente al interior del tiempo real del lector”, señala Gasquet (2006, p.43), aunque la última palabra la tiene el lector, “cada cual atraviesa un lugar con un ritmo particular. Una ciudad -una página- se atraviesa de mil maneras.” (Magris, 2005, p.12). En esencia, ante la ambigüedad temporal lo único que se puede afirmar con certeza es que el tiempo de la aventura, como dijo Savater (2013), no puede ser medido, sino contado.

Vinculando el tiempo literario con el del *Modelo global de psicología del turismo* (García Mas y García Mas, 2005), Gasquet (2006) propone una forma de estructurar temporalmente la narrativa de viajes fundamentada en tres fases sistemáticas que inciden directamente en la transformación del individuo. El modelo de Gasquet (2006) se inicia con *la partida*, el punto en el que se produce “la separación de un individuo de la matriz social en la que fue formado, que le es propia y constituye su legado” (Gasquet, 2006, p.46)”. Respectivamente, *el tránsito*, la fase intermedia que comprende el movimiento en el espacio, tan ambigua como crucial dependiendo de la tipología del viaje en cuestión. De hecho, para algunos viajeros, ese *tránsito* constituye la plenitud del viaje “Hay carreteras que no son un medio para viajar, sino el viaje en sí.” (Latorre, 2017, p. 86). Y, por último, *la llegada*, etapa que “cualquiera que sea su tipo histórico o su forma, coincide con el comienzo de la relación del viaje.” (Gasquet, 2006, p.60), momento en el que, escrita, oral o pictóricamente, el viajero estructura su narrativa recreando tanto el

escenario como los personajes de sus vivencias (Gasquet, 2006, p.60), momento en el que el viaje recobra todo su sentido. En definitiva, la sistematización propuesta por Gasquet (2006), que sin duda considera también la configuración psicológica del individuo, se ve reflejada en el *durante* del modelo entorno al cual se articula el trabajo, subdividiéndolo a su vez en las fases mencionadas.

4. METODOLOGÍA

El trabajo académico en cuestión se plantea a modo de revisión bibliográfica de índole narrativa. Tras su justificación, marcada por la definición tanto del objeto central de estudio como de los diversos conceptos clave que dimensionan la investigación, se procede a la recopilación de bibliografía.

La búsqueda insondable de material bibliográfico de todo tipo trasciende por el afamado motor de búsqueda de literatura académica, Google Scholar y la vertiente de Google Books; además de por el sistema abierto de información de la Universidad de la Rioja, Dialnet, a través de la inserción de palabras clave en español, inglés, italiano y francés, del ámbito del turismo y la psicología. Y en última instancia y con mayor preponderancia, por el catálogo promovido por la Biblioteca de Universitat Jaume I, tanto en soporte físico como en su vertiente online, mediante la Virtual Private Networking accediendo a plataformas multidisciplinares de libros electrónicos y publicaciones como Digitalia Hispánica, SAGE journals y Elibro.net, o sitios web por suscripción para la búsqueda de artículos de carácter científico cuando se precisó, como ScienceDirect.

El fortuito punto de inflexión en esta fase fue el hallazgo del libro *“La Mente del Viajero”*, que tal y como transmiten sus autores, Alexandre y Assumpta García Mas (2005, contraportada) “es una obra que aborda el fenómeno del viaje y del turismo desde la perspectiva psicológica: un fascinante viaje al mundo del viaje que tiene lugar en nuestra mente cuando viajamos”. En esencia, una recopilación de referencias, datos insospechados y elocuentes citas entorno a la concepción de la experiencia viajera como una aventura en el tiempo enmarcada en *“El modelo global de psicología del turismo”* ilustrado previamente. Cada referencia se convierte a su vez en un portal hacia un microcosmos de lecturas, ópticas e interconexiones disciplinares inmersas en la totalidad de la condición humana.

A partir de entonces, se prosigue con el filtrado bibliográfico enfocado en los puntos del modelo que suscitan mayor interés y en la búsqueda de un nuevo vórtice de estudio, basado primordialmente en el enriquecimiento del propio modelo con la experiencia de la figura del viajero, gracias a la lectura de libros y artículos escritos por psicólogos, antropólogos, catedráticos de literatura, escritores y ante todo, viajeros. Experiencia que plasmada en su literatura, ornamento y refleje los procesos psicológicos abordados. Venerando la premisa alegórica del estudio en la que la *Mente del viajero* es a la psicología lo que la experiencia es a su *Mirada*.

En conclusión, y aludiendo a la triada dialéctica mencionada en la introducción, una acción recurrente a lo largo de todo el proceso metodológico es la confrontación de términos pragmáticos y teóricos, que, aunque a priori deliberen contradicción, concluyen esclareciendo una síntesis. Síntesis proyectada como un paso más allá hacia la perpetua comprensión del fenómeno de viajar.

5. ANTES DEL VIAJE

La imaginación de la ciudad

El *antes* se corresponde con la primera etapa del ciclo del viaje, en la que el viajero se traslada al futuro y lo vive con anticipación. Etapa que emana del deseo de viajar y que, a su vez, se traduce en la complejidad motivaciones que determinarán los distintos comportamientos antes, durante y después del viaje, “lo que nos mueve, y a la vez, da sentido a nuestro movimiento.” (García Mas y García Mas, 2005, p.34).

5.1 El proceso de toma de decisiones

Desde que el deseo de viajar se instaura en individuo como necesidad vital, éste se convierte en un *pro-viajero* (García Mas y García Mas, 2005), dispuesto a emprender un viaje que implicará tomar una decisión en un futuro más o menos próximo. Futuro que se reduce y aproxima cada vez más al presente conforme trasciendan los apartados de esta fase.

El proceso de toma de decisiones se corresponde con el “núcleo cognitivo de los procesos psicológicos situados en torno al razonamiento” (García Mas y García Mas, 2005, p.24). “Viajar es tomar decisiones. No se puede ver todo. Si somos sabios escogeremos bien, y si no lo somos, aprenderemos de los errores.” (Latorre, 2017, p.119). En el ámbito turístico, Sirakaya (2005) clasifica las decisiones de los *pro-viajeros* en

cuanto a la elección de un destino en racionales o no racionales. Por un lado, las decisiones racionales se sopesan calmada y analíticamente con planteamientos probabilísticos o jerárquicos, desde que se reconoce el problema, durante la búsqueda de información y la evaluación de alternativas, hasta la elección del viaje. Por el contrario, las decisiones no racionales reconocen el frenesí emocional evocado en el instante de la toma de decisiones y la influencia de otros “constructos motivacionales como el compromiso o la involucración personal, el hábito o la inercia” añaden García Mas y García Mas (2005, p.84). Aunque bien sea racional o irracionalmente, resulta indudable que “viajar es una experiencia confiada al sentido de las posibilidades, viajar significa echar cuentas con la realidad, sus alternativas, vacíos y con la historia u otras historias impedidas y destituidas por ella, más no canceladas del todo” (Magris, 2005, p. 11)

5.1.1 El deseo de viajar

La génesis de la toma de decisiones se atribuye al reconocimiento del problema, al inalienable deseo de viajar que suscita una motivación. Desde la óptica psicológica según Maslow (1991), se entiende como motivación a la generación de una necesidad humana cuyo reconocimiento provoca la activación y dirección del individuo hacia su satisfacción. A su vez, establece una jerarquía de necesidades que Pearce (2005) conceptualiza desde la visión de la conducta turística. Partiendo de las biológicas, relacionadas con el mantenimiento o adaptación de los hábitos; hacia las de seguridad en cuanto a la novedad o riesgo percibido en un destino; de desarrollo social en relación con la apertura a nuevas culturas; de desarrollo personal durante el viaje; hasta la mera autorrealización en la búsqueda del viaje como experiencia transformadora (Pearce, 2005).

El *modelo global de psicología del turismo* considera la multiplicidad de motivaciones “originadas dentro o fuera de la persona, expresadas o tácitas, a la hora de comprender el fenómeno del deseo de viajar en toda su amplitud.” (García Mas y García Mas, 2005, p.68). Dentro de la multidimensionalidad de las mismas adquieren protagonismo las implícitas frente a las explícitas. Aquellas que se rigen por “las leyes psicológicas que yacen bajo el substrato de nuestros comportamientos, pensamientos y emociones” (García Mas y García Mas, 2005, p.56), frente a las clarificadas por el sentido común, que sin trascendencia definen las tipologías turísticas y la convencional segmentación psicográfica de los mercados turísticos.

Las motivaciones implícitas coinciden a grandes rasgos con el concepto de *ideologías de viaje* descrito por Zygmunt (2013), que abarca al “conjunto de ideas y creencias que se asocian al viaje, su forma, su objetivo y su sentido” (Zygmunt, 2013, p.107). Motivaciones implícitas e ideologías de viaje que emanan de la profunda y ansiada búsqueda del equilibrio a través del viaje, de la “fantasía de que las cosas serán mejores en otro sitio y que intervendrá decisivamente en la formación de expectativas.” (García Mas y García Mas, 2005). Primordialmente, una situación de insatisfacción fundamental como centro de gravedad del desequilibrio desencadenará una motivación implícita en el interés exploratorio o conflicto, en la frustración, prevención o evitación, huida o escape, que forjará una conducta clave en la elección del viaje. Sin embargo, “este desequilibrio se corrige generando otro desequilibrio, normalmente de orden diferente.” (García Mas y García Mas, 2005, p. 56). Asimismo, Gasquet (2006, p.57) ratifica que “la llegada no restablece el equilibrio perdido, anterior a la partida. Al contrario, mediante el proceso de experiencia y conocimiento agregado en ocasión del viaje, la llegada representa un estadio cualitativamente diferente al orden previo”.

Finalmente, con la finalidad de constatar la interacción entre procesos internos y externos al individuo, reiterada a lo largo de todo el proceso del viaje, conviene hacer alusión a la teoría sobre motivación turística de Uysal (1994). En ella, el autor categoriza los deseos intangibles del viajero mencionados con anterioridad como motivos de empuje, señalando su correlación con los motivos de atracción, aquellos que provienen del destino, de su riqueza natural y herencia patrimonial. En síntesis, establece una sistematización espaciotemporal y dinámica entre los cambios evolutivos de la persona y los factores situacionales, sociales y culturales.

5.1.2 La búsqueda de información

Basándose en el enfoque racional, una vez que se haya reconocido “una necesidad o un problema, que nacen de un impulso y que generan insatisfacción mientras no se satisfacen” (García Mas y García Mas. 2005, p.87), se procede con la búsqueda de información que puede ser tanto deliberada como pasiva. La exploración deliberada es aquella en la que el viajero consulta activamente la información, sumergiéndose incluso en su propia memoria y experiencias, o rastreando la huella que dejaron otros en la exorbitante literatura. “Todo viaje nace de un deseo, el conocer un país antes de que sus rasgos más originales se borren” (Litvak, 1987, p.230), sin embargo, a ese deseo se le unen otros como “saber cómo otros lo conocieron, cómo hicieron por conocerlo, con

cuáles obstáculos se tropezaron y cómo los pudieron superar” (Litvak, 1987, p.230). Las propias crónicas de viaje, que describen el encuentro de un país y un hombre, presentan al viajero la mejor imagen que puede tener de sí mismo, de su libertad y capacidad de aventura (Litvak, 1987). En cambio, en la exploración pasiva, la información se recibe accidentalmente provocando un aprendizaje incidental. Aprendizaje cuya cuna podría ser la industria del cine, por ejemplo, tal y como proyectan García Mas y García Mas (2005, p.89), “la trilogía cinematográfica de *El Señor de los Anillos*, rodada en Nueva Zelanda, ha contribuido incidentalmente al descubrimiento por parte de gentes de todo el mundo de los espectaculares paisajes de esa tierra.”

5.1.3 Las imágenes mentales

Desde el instante en el que comienza el proceso de toma de decisiones, el *proviajero*, construye una idea con mayor o menor precisión de lo que conformará su viaje (Pearce, 2005). Dicha idea se corresponde con “el núcleo de las expectativas que cada viajero pone en el resultado de sus viajes, sea cual sea su estilo motivacional.” (García Mas y García Mas, 2005, p.100), que a su vez determinará la conducta del viajero, la elección de su viaje y la percepción final del mismo. En suma, tal y como sugiere del autor vienés, Peter F. Drucker, la mejor manera de predecir el futuro es creándolo.

Las expectativas se asocian directamente a la creación de una imagen mental, una especie de mapa imaginario del destino y las vivencias que se esperan experimentar en él, y que además, incidirá sobre su configuración tal y como evidencia Urry (1990) en su obra *The tourist gaze*. El viajero por su parte, “intuye o tiene claro lo que el viaje le ofrece y le deja, por lo que existen infinitos caminos y el viaje es uno más de ellos.” (Shulman, 2008, p.9). Guiado por su experiencia y emociones otorga vida a una especie de ciudad que “existe por el ámbito imaginario suscitado por ella y que retorna a ella, ese ámbito alimentado por la ciudad y del cual ella se nutre, al cual da nacimiento y que la hace renacer cada instante” (Augé, 1998, p.111). La ciudad imaginada se construye con telas de expectativas tanto amplias y difusas, como reducidas y nítidas que componen un mosaico que lleva al viajero a interrogarse “la doble cuestión de la existencia de la ciudad y de la existencia de lo imaginario” (Augé, 1998, p.112), momento álgido “en que la urdimbre urbana se extiende, en que la organización del espacio social se modifica y en que las imágenes, las mismas imágenes se difunden por toda la tierra.” (Augé, 1998, p.112).

5.1.4 La evaluación de las alternativas y la elección del viaje

El viajero, ensimismado en sus imágenes mentales y en esa *suerte de paraíso utópico* (Gasquet, 2006) que representa una doble vivencia simultánea entre lo que vive y lo que espera vivir, se deja llevar en última instancia por sus emociones. Por lo tanto, sale a la luz el aliciente no racional del proceso decisivo. Dominado por la emoción de descubrir, la emoción de un nuevo paisaje, un encuentro inesperado o del encuentro a solas con la naturaleza, y al final o al principio el encuentro con uno mismo, expresa Shulman (2008). De esta forma, a través del filtro de sus imágenes mentales y emocionales, procede a la evaluación de las alternativas y la respectiva elección del viaje. En definitiva, más que un lugar geográfico in situ el viajero elegirá el locus amoenus en el que poder saciar su “sed de conocimiento, su necesidad de buscar y descubrir, la imposibilidad de quedarse quieto, la pasión por todo lo que hace” (Zygmunt, 2013, p.120). Análogamente sucede en la literatura, universo que Gasquet (2006) interpreta como *heimat* del hombre libre de espíritu y que, asimismo, lo impulsa a un perpetuo *nomadismo intelectual*, “un libro escrito o leído, es una patria. Nos resguarda de la desolación, nos mantiene al abrigo en la intemperie, nos cobija de aquellos sinsabores que el viaje también posee” (Gasquet, 2006, p.65). Revitalizando la significación del “desplazamiento geográfico como metáfora del desplazamiento interior” (Zygmunt, 2013, p.122) con la que también coincide Magris (2005, p.8) reafirmando que “el viaje aparece cual odisea o metáfora del viaje a través de la vida”.

6. DURANTE EL VIAJE

El encuentro con la ciudad

El *durante* es el viaje en presente de indicativo iniciado tras la partida del viajero en la que “poco a poco, a medida que crece la distancia, los pensamientos relativos a su lugar de origen, a los problemas y las gentes que han quedado allí deberían ir desvaneciéndose” (García Mas y García Mas, 2005, p.118). No obstante, la transición al presente desde su fase precursora implica el traspaso de un nexo con múltiples connotaciones dependiendo del autor en cuestión.

En tal punto, Augé (1994) atisba lugares en jaque del espacio a los que él mismo acuña con el neologismo de “*no lugares*”, refiriéndose a arquetipos de aeropuertos, estaciones, puertos e infinitas carreteras. Según el etnólogo francés, los viajeros que los atraviesan no pueden interpretar nada ni sobre su propia identidad, ni sobre sus relaciones

con los demás, ni a fortiori, sobre su historia común. “El espacio del no lugar no crea ni identidad singular ni relación, sino soledad y similitud.” (Augé, 1994, p.107). Sin embargo, aproximándose más al pensamiento de otros autores, ratifica que el *no lugar* es una cuestión de mirada, tal vez podría hallarse cierto sesgo de intimidad “furtiva o fugazmente detrás de los mostradores de un aeropuerto o en la tiendita “polivalente” de una estación de servicio de la carretera” (Augé, 1998, p.88); aunque nunca en aquellas autopistas de cuatro carriles o grandes superficies que destinan al individuo a la soledad y el anonimato (Augé, 1998).

En cambio, para Magris (2005), aquel limbo se halla en las fronteras, bien sean políticas, lingüísticas o psicológicas, flexibles, provisionales o meramente invisibles. Fronteras que entran lo conocido y desconocido, una realidad tan misteriosa como familiar en la que “a las gentes de una orilla las de la orilla opuesta a menudo les parecen bárbaras, peligrosas y llenas de prejuicios hacia ellas.” (Magris, 2005, p.10). No obstante, si divagamos de acá para allá en un puente “mezclándonos con las personas que transitan por él y pasando de una orilla a otra hasta no saber bien de qué parte o en qué país estamos, reencontramos la benevolencia hacia nosotros mismos y el placer del mundo” (Magris, 2005, p.10). “Un viaje se inicia en un lugar y termina en otro. Se parte desde una estación de buses o de trenes, de un puerto o un aeropuerto y se llega a otro análogo” (Saldarriaga Roa, 2011, p.30), porque, a fin de cuentas, “viajar no quiere decir solamente ir al otro lado de la frontera, sino también descubrir que siempre se está en el otro lado” (Magris, 2005, p.9).

En última instancia, concluyendo con la opinión unificadora de Gasquet (2006), los nexos mencionados anteriormente se sitúan en la fase intermedia de su viaje, el tránsito. Tránsito que puede ser tan ambiguo como esencial dependiendo de la finalidad del viaje. Desde el mero y tedioso traslado en medios de locomoción, hasta el periplo infinito en el que héroes y exploradores desplegaron sus hazañas y esculpieron sus proezas; pasando por la inaudita e infatigable pasión de Paul Theroux por recorrer las líneas férreas de todo el mundo, corazón que da vida y late en todas sus obras.

6.1 La atención y la percepción durante el viaje

Recobrando de nuevo la óptica de la psicología, se procede al estudio de los factores psicológicos imperantes en esta fase, la atención y la percepción.

6.1.1 La atención

En primer lugar, la atención “determinará la cantidad y calidad de la información presente en el destino que será absorbida por el viajero y que en muy buena parte determinará la conducta y los procesos posteriores, como la formación de los recuerdos del viaje” (García Mas y García Mas, 2005, p.119). “Como en cualquier gran cambio, el viaje puede actuar como un disparador que abre compuertas” (Shulman, 2008, p. 10) aumentando considerablemente su sensibilización y capacidad atencional. En situación de viaje, “los viajeros reparan en elementos ambientales, como señales, monumentos o personas, que en su lugar de origen no les llamarían la atención.” (García Mas y García Mas, 2005, p.121). Fundamentalmente se produce una activación innata que si se descontrola, acarrea al viajero a una situación de bloqueo que se traduce en la falta de concentración e incluso indefensión. Ejemplificando la cuestión, “muchas de las pérdidas de los viajeros o de sus enseres en aeropuertos o ciudades poco conocidas pueden tener su base en una situación de cambio no controlado de foco atencional por las demandas de la situación.” (García Mas y García Mas, 2005, p.122).

Los estilos atencionales de los viajeros se sitúan en las dimensiones de la amplitud y la dirección. La amplitud se polariza entre un foco atencional amplio cuando por ejemplo “a la llegada al aeropuerto, un viajero necesita atender distintos sucesos o estímulos de forma simultánea” (García Mas y García Mas, 2005, p.120); frente a un foco atencional estrecho, cuando un viajero contemple meticulosamente una obra de arte. Asimismo, la dirección diluye tanto en un enfoque externo, hacia los sucesos del ambiente; como profundamente interno, que versa sobre las propias emociones, memorias o pensamientos del viajero. De la mano de la mirada de Magris (2005, p.19), en ocasiones es como si “el viajero resurgiera del agujero negro de su personalidad y se quedase casi sorprendido de la dirección en la que le llevan sus pasos, revelándole partes del corazón antes desconocidas para él. *Le voyage, dijo un loco parisino, pour connaître ma géographie*”.

6.1.2 La percepción

La percepción se define como el tratamiento que el viajero le da a la información, a los datos, y a la multiplicidad de estímulos procedentes tanto del mundo exterior como de su propio mundo interior (Petit, 2004). Dichos estímulos, mayoritariamente visuales y auditivos, adquieren distintos calibres a la hora de marcar la experiencia del viajero

“debido a las características neurobiológicas humanas, que se basan en el desencadenamiento de los reflejos asociados a nuevos estímulos y de formación de las percepciones.” (García Mas y García Mas, 2005, p.123).

El sistema perceptivo humano se consolida en base a unas reglas que determinan crucialmente lo que se puede o no percibir (García Mas y García Mas, 2005, p.123). Su génesis se remonta a los principios de la *teoría Gestalt* cuyos precursores Wertheimer, Köhler y Koffka, “concibieron a la percepción como una captación global, como una totalidad.” (Petit, 2004). En este sentido, el viajero no extrae significado de los elementos aislados sino de la totalidad de los estímulos. La presente teoría viene premeditada por tres reglas esenciales, las *leyes de cierre, similitud y de relación entre figura y fondo* (García Mas y García Mas, 2005). La *ley de cierre* rige que las personas perciban como completas formas que son inciertas o indeterminadas, es decir, el viajero rellenará las lagunas de información mediante su experiencia y conocimientos previos (Petit, 2004). La de *similitud*, apunta a la agrupación conjunta de estímulos, pilar fundamental de las estrategias corporativas del sector turístico, en las que una serie de elementos consolidan la imagen corporativa de una compañía (García Mas y García Mas, 2005). Y por último, la *ley de relación entre figura y fondo*, cuando una parte del paisaje contemplado por el viajero domina mientras las demás partes retroceden hacia el fondo (García Mas y García Mas, 2005). Asimismo, es conveniente referenciar otras reglas perceptivas de índole monocular como la *regla de oclusión*, por la cual los elementos del entorno que se hallen en parte ocultos se atisban más alejados; la de *gradiente de textura*, en la que gracias a la superposición de elementos de distinta densidad, el viajero capta la profundidad de las calles de la ciudad; o la *constancia perceptiva*, de aquellos elementos o pistas que posibiliten la creación de una imagen global del espacio visitado (García Mas y García Mas, 2005). En síntesis, los principios perceptivos se nutren de la permeabilidad subjetiva, por lo que finalmente no existen percepciones objetivas sino repletas de significación sobre las formas de entender el mundo, la educación, la cultura y la historia de cada individuo, “nuestros procesamientos de la información son todos ideológicos” matiza Petit (2004, p.87).

Por otra parte, en la percepción de la multitud de horizontes y paisajes por los que divaga el viajero, emanan componentes cognitivos que determinan de forma crucial la formación de su experiencia y la evocación de sus recuerdos. Entre ellos, deslumbran la *sensación de calidad de vida* o la *sensación de la característica social y cultural del viajero*, medida por las características de distancia psicológica entre el individuo y la

ciudad que visita. Pero sobre todo, *la sensación de pertenencia*, que se identifica con la adecuación del viajero en tiempo y espacio al lugar que transita, “entrando en relación, uno y otro se compenetran (por el movimiento y la percepción) hasta fusionarse” corrobora Gasquet (2006, p.55). Espacio y tiempo que ennoblecen un contexto al encuentro con la ciudad, donde “la luz, la atmósfera, lo casual o inesperado pueden hacer de algo común algo especial” (Saldarriaga Roa, 2011, p.206). A fin de cuentas, “la percepción y apreciación de las cosas no depende de ellas mismas sino del contexto en el que se localizan.” (Saldarriaga Roa, 2001, p.206).

La dependencia entre la percepción y la experiencia del viajero tanto pasada, como presente y futura propugna una realidad indisoluble. “La inteligencia que se asocia desde tiempos inmemoriales con la percepción del viajero tiene sin duda mucho que ver con este trabajo de *Sísifo* que es comparar y revitalizar, comprobar cuán numerosas son las patrias en el mundo” señala Gasquet (2006, p.56). El viajero se sume en un aprendizaje voraz y continuo basado en el arte de la traducción, debido a que su experiencia “revela de modo más rápido y eficaz vínculos y asociaciones que de otra forma hubieran podido llevar años de elucubración y razonamientos” (Gasquet, 2006, p.56). En esencia, la fidelidad de la figura del viajero a un orden conocido, le obliga a percibir con mayor agudeza el desorden del mundo en el que se aventura (Magris, 2005).

6.2 La conducta del viajero

Por lo que respecta a la conducta del viajero, se entiende como “la consecuencia de la continua interrelación entre la realidad física del viaje, las expectativas y el tipo de viajero” (García Mas y García Mas, 2005, p.136) que implícitamente se relaciona con el arduo e incesante proceso de aprendizaje.

6.2.1 Los mapas cognitivos

Llegados a este punto, el mosaico de expectativas que el viajero recreó, aquella imagen mental previa al viaje confronta con la realidad, con la ciudad que “es muy a menudo descubrir todo un dispositivo sensorial, afrontar una agresión o una invasión de los sentidos” (Augé, 1998, p.117).

Durante el viaje, el mapa imaginario del lugar que esperaba conocer se transforma en un mapa cognitivo que responde a la pregunta tan básica como trascendental de todo viajero: “*¿Dónde estoy?*”. Investigaciones al respecto, aunque no en demasía, proporcionan datos acerca de cómo un viajero asimila y se adapta a un nuevo ambiente,

cómo se produce el proceso de filtraje de información de acuerdo con sus expectativas anticipadas. Además, dependiendo del viajero los mapas cognitivos pueden ser exactos y concisos o difusos e incluso inexistentes, en el último caso “necesariamente ha de producirse un proceso de aprendizaje de las claves cognitivas del lugar de destino que sea suficiente para orientarse.” (García Mas y García Mas, 2005, p.137). La complejidad de los mismos se define en base a parámetros de condición cuantitativa, que cifran los elementos presentes, y cualitativa, valorando la representación de la información en el mapa. Asimismo, la complejidad viene determinada por un factor psicológico socialmente crucial denominado *locus de control*. Tomando como referencia los estudios de Walsmely y Jenkins (citados en García Mas y García Mas, 2005), los viajeros con un *locus de control interno*, aquellos más dependientes de la información interna que almacenan y emplean, generan mapas cognitivos más complejos frente a los viajeros supeditados por la información externa. Al final es como si pudiésemos, “en las ciudades en las que todavía se anda a pie, proyectar nuestros paseos así como se escribe un libro.” (Augé, 1998, p.123).

6.2.2 Las representaciones sociales

El viajero divaga con la necesidad irrenunciable de saber a qué atenerse ante todo lo que le rodea, “tiene que actuar en el mundo, adaptarse a él, reconocer y resolver situaciones que este le presenta” (Petit, 2004, p.88). Para afrontarlo, comprenderlo y controlarlo debe construir su propia representación del mundo, que, a su vez, estará inmersa en un universo colectivo y compartido con todos sus habitantes, convirtiéndose en una representación social. Moscovici (1998) conceptualiza el término de representaciones sociales como construcciones simbólicas de carácter dinámico, fruto de las interacciones entre el individuo y la sociedad, “dando lugar a una visión consensuada de la realidad e integrando el cruce entre lo individual y lo social” (Petit, 2004, p.88). El viajero percibe elementos e imágenes que a posteriori, formarán parte de las representaciones sociales construidas sobre temáticas polivalentes, realidades ideológicas, lugares, personas u objetos, que, en esencia, condensan sistemas de referencia para interpretar el mundo. La omnipresencia de dichas representaciones se verá magnificada en la escritura, conductas y comportamientos de los viajeros, e indudablemente en el simbolismo que atañe a las ciudades que visitan. Ciudades cuya personificación “sólo es posible porque ella misma simboliza la multiplicidad de los seres que viven en ella y la hacen vivir” (Augé, 1998, p.121).

Para finalizar, el viaje constituye en sí mismo una representación continua, tan real como dramática sugiere Magris (2005, p.11), “se viaja en la realidad como en un teatro, desplazando los bastidores, abriendo nuevos paisajes, perdiéndose en callejones y deteniéndose delante de falsas puertas dibujadas en la pared”, augurando cuando menos “un soplo o una pequeña corriente en la vida verdadera, celada por el biombo de lo real.” (Magris, 2005, p.11). Una representación que cobra vida gracias al *paisanaje* que tan loablemente vislumbró Labordeta (1995) en *Un país en la mochila*; a sus gentes que “son las células inteligentes y sensibles que pueblan el espacio de la Tierra” (Saldarriaga Roa, 2011 p.176). Gentes, que “son el alma del planeta. Su sonrisa todavía significa alegría y sus lágrimas conmueven” (Saldarriaga Roa, 2011, p.192) y que aunque desaparezcan, siempre dejan huella.

6.2.3 El incesante aprendizaje del viajero

Tal y como sucede en la gran parte de las actividades humanas “el viajero pasa por un proceso de aprendizaje que empezó la primera vez que imaginó un viaje, y que incluye todos los viajes y proyectos realizados.” (García Mas y García Mas, 2005, p.178). Tras la partida, polifacéticamente concebida como “una ruptura, un fin y un comienzo que evoca un pasado y proyecta un futuro” (Leed, 1992, p.46), confluyen motivación y desmotivación, utopía y desencanto. Certidumbres, valores, sentimientos se vienen abajo, aunque otros se hallan, se encuentran y se recogen por el camino (Magris, 2005). La identidad del viajero, escindida de la matriz social de origen “es ambigua y tenderá a retotalizarse en una sociedad de llegada” (Gasquet, 2006, p.49), sucumbiendo a una convergencia de pulsiones de atracción y rechazo. Sin embargo, todavía preserva ese “frágil estatuto de traductor (bilingüe o plurilingüe) entre culturas, siendo un producto de la necesidad de adaptación.” (Gasquet, 2006, p.55). Adaptación de igual forma requerida a nivel fisiológico y con menor componente de culturización, como ocurre con los hábitos de sueño, alimentación, indumentaria o territorialidad. En ese sentido, el viajero se habituará con mayor o menor facilidad, dependiendo del reducido o elevado grado de sensibilización frente a los nuevos estímulos respectivamente (García Mas y García Mas, 2005).

El aprendizaje del viajero es incesante e inagotable, e incluso algunos teóricos han llegado a sistematizar su experiencia didáctica. En esta línea, Pearce (2005), propuso *The Travel Career Approach to Tourist Motivation (TCL)*, con la finalidad primordial de examinar la relación subyacente entre los patrones motivacionales del viaje y la propia

experiencia, concluyendo con las motivaciones que se asocian a los viajeros tanto más cuanto menos experimentados. Por su parte, García Mas y García Mas (2005), ejemplifican el desarrollo y crecimiento de la *carrera de un viajero amante del arte*. Desde su infancia, se inicia por aprendizaje observacional de la conducta de familiares, reforzado por los conocimientos adquiridos en la escuela, y viajando, pero solo a través de los libros; comienza su *carrera* con la visita a museos generalistas en los que su lateralidad premedita sus primeros pasos y en los que apenas unas obras captan su atención; seguidamente, incrementa su autoeficacia con el estudio de técnicas pictóricas hasta que su capacidad selectiva lo decanta por un periodo artístico en concreto; a continuación, elige sus viajes en función de las obras de desea visitar; y finalmente, su pasión por el arte le lleva a escribir una guía de viaje museística, transmitiendo impetuosamente sus conocimientos artísticos.

En el otro lado de la balanza, el aprendizaje podría verse reflejado en la evolución de la percepción personal del viajero. García Mas y García Mas (2005) formulan dos enfoques perceptivos, el *egocéntrico*, en el que el hombre es la medida del mundo y construye su experiencia al compararla con la exigüidad de sus creencias; y el *holocéntrico* en el que el viajero se concibe así mismo como un elemento más de la totalidad del paisaje. El enfoque egocéntrico persuade tácitamente hacia la discrepancia entre viajero y turista, dado que este último, “en sentido convencional, es un consumidor de lugares sin más interés que su propia satisfacción” (Saldarriaga Roa, 2011, p.16). Prosiguiendo de manera tácita, en opinión de Latorre (2017) el viajero egocéntrico sería aquel que va de vacaciones a ver lo que espera ver tal y como lo imagina, pretendiendo que un país se adapte a él y teniendo como principio rector el egoísmo, que para eso han pagado. Gasquet (2006, p.55) pone el acento en el “sujeto egoísta que viaja en beneficio propio, centro del universo a partir del cual se configuran todas las otras referencias (geográficas, culturales, físicas, psíquicas y emocionales) del mundo”. A pesar de ello, su aprendizaje y experiencia como viajero también puede arrojarle al más profundo holocentrismo, convirtiéndose en “un degustador de experiencias, cuyo interés es el captar, al menos parcialmente, la esencia evasiva de los sitios que recorre” (Saldarriaga Roa, 2011, p.16). Aquel que “perdiéndose en el mundo y abandonándose al mundo se disgrega, pero al final también se reconoce y se encuentra” (Magris, 2005, p.9). Un viajero a quien como a Goethe (1891) en su *Viaje a Italia*, su inquietud le lleve a diluirse sino descubrirse a si mismo en los ojos que vea, llenándose de Roma tan pronto como cuando se sumerge una botella abierta debajo del agua. Y finalmente, antes de abandonar la cuna

del Renacimiento conviene recordar el más extremo y psicopatológico de los casos. El del individuo que sucumbe al sello stendhaliano, “a ese punto de emoción en el que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las Bellas Artes y los sentimientos apasionados” (1817, Beyle).

7. DESPUÉS DEL VIAJE

El recuerdo de la ciudad

La última fase de este viaje simboliza el más forzoso aterrizaje a un presente anclado en el pasado, o en el mejor de los casos, el vaticinio de un nuevo porvenir. Aunque el viajero, en un *durante* laborioso trató de levantar “una frágil arca de Noé de papel aun siendo irónicamente consciente de su precariedad” (Magris, 2005, p.12) para salvar la imperiosidad del presente, la supremacía de su funcionamiento atencional y perceptivo han construido un *souvenir* final, “ese recuerdo que resumirá la experiencia y que contará, por encima de todo, tanto o más que las consecuencias objetivas de sus motivaciones” (García Mas y García Mas, 2005, p.119).

7.1 Memoria y atribuciones

García Mas y García Mas (2005, p.182) sostienen que “un viaje puede dejar una profunda impresión en el recuerdo y en aspectos conductuales, que se manifiestan cuando termina, dándonos un punto de vista nuevo sobre nuestro lugar de origen.”. Recuerdos que se confeccionan e integran consecutivamente en la propia experiencia del viajero, condicionando su futura conducta. El término experiencia acota aquellas atribuciones, sucesos y recuerdos que extraídos del *durante* del viaje, confeccionarán lo que quede al final como núcleo recordable, la suma culminación del proceso viajero (Botterill, 1996). Dicho núcleo obedece a tres funciones imprescindibles, comenzando por la de resumir en forma de emoción o imagen única la experiencia vivida; seguida por la de construir los cimientos de la experiencia para la futura confrontación con las expectativas y nuevas posibilidades de viaje; y en última instancia, la de comparar con la realidad habitual, que admira con nuevos ojos a la luz de las experiencias acontecidas (García Mas y García Mas, 2005, p.183).

En ciertas ocasiones, el regreso al lugar de origen se vive con nostalgia, llegando a producirse incluso la denominada *depresión del reencuentro con lo cotidiano* (García Mas y García Mas, 2005). La utilidad de los recursos de adaptación del viajero, puestos

a prueba durante la experiencia del viaje, se desvanece por completo a la hora de retomar sus ocupaciones cotidianas. El descenso insoslayable en su activación y energías destinadas a la adaptación, pueden conducirle a una situación de retorno a un lugar de origen para cuyas exigencias no posee recursos. Es entonces cuando “aparece la depresión post-vacacional, [...] el Monday blues tras el fin de semana en el que actividades, pensamientos y emociones han sido completamente distintas de lo que se experimenta durante la semana laboral.” (García Mas y García Mas, 2005, p.183-184). No obstante, el regreso también puede experimentarse positivamente, cuando el viajero valore la algarabía de su entorno habitual o tal vez, cuando ponga en práctica la solución a sus problemas que el viaje le ha concedido. En tal sentido, Latorre (2017) relata que al viajar, los problemas o preocupaciones de su “vida real” no solo le parecen nimios sino que entiende sus causas y ve con claridad meridiana sus soluciones. Situación que se traduce en un aprendizaje que formará parte de él para siempre, como el recuerdo del viaje.

Para finalizar, en el confín entre el final del viaje y su conversión en recuerdo, se produce la evaluación de la experiencia. El viajero “contrastará sus expectativas con la realidad que ha vivido durante el viaje mientras llevaba a cabo actividades en lugares diversos” (García Mas y García Mas, 2005, p.187). Fundamentalmente se procederá a la comparación mediante una evaluación o bien continua, en la que la realidad se contrasta constante y detalladamente con las expectativas, acentuando los motivos de insatisfacción durante el viaje; o final, cuando se comparan dos construcciones mentales, la expectativa con el recuerdo o imagen final (García Mas y García Mas, 2005).

7.1.2 Los recuerdos del viaje

Cuando se trate de recuerdos la atención se hallará en el punto de mira, dado que su importancia es crucial “en la codificación de nuevos estímulos y de los estímulos evocadores en la capacidad de recuerdo de las experiencias ya vividas.” (García Mas y García Mas, 2005, p.193). En cuanto a los mecanismos de su formación, imperan tres leyes que los autores García Mas y García Mas (2005) toman como referencia de los hallazgos de Stoetzel (1969). En primer lugar, la *ley de concentración* que marca la tendencia a posicionar en un mismo lugar hechos o acontecimientos que apenas tienen vinculación directa; a continuación, la *ley de parcelamiento* cuya evocación implica que los recuerdos se fragmenten y terminen por ubicarse ciertas situaciones en lugares diferentes a los reales; y en última instancia, la *ley de dualidad*, en virtud de la cual el

grupo del viaje acepta sin demasiada dilación dos localizaciones distintas para un mismo hecho acontecido durante el mismo.

Los recuerdos pueden ser de carácter *intangible* o *tangible*, auténticas vivencias o símbolos físicos del lugar visitado. El ancla de los primeros es otro recuerdo, que al ser evocado puede disparar una catarata de recuerdos subjetivos, objetivos o emocionales (García Mas y García Mas, 2005). Sin embargo, en el caso de los segundos, la ambigüedad emana. Así sucede con las fotografías, que metamorfosearon desde imágenes mentales pasando por mapas cognitivos, hasta convertirse en pedazos de papel o proyecciones digitales “que poseen la capacidad evocadora de los dos mundos, el material y el inmaterial” (García Mas y García Mas, 2005, p.186). Resulta fascinante como a veces tan solo bastará con arrojar la mirada al entorno o “con tocar, la reproducción de ese cuadro, una fotografía, el billete de tren que utilizamos en el destino [...], para evocar más fácilmente incluso el estado emocional que teníamos en el momento en que ese estímulo fue asociado con la vivencia del viaje” (García Mas y García Mas, 2005, p.193). Todo ello, induce al calibre de la experiencia pasada en la realidad de acuerdo con dos fenómenos psicológicos de la memoria, la *dotación* y el *contraste*. García Mas y García Mas (2005, p.194) se refieren al efecto de la *dotación* cuando “el recuerdo de una buena experiencia asociado con un lugar potencia el bienestar que se vive en el presente”; y al del *contraste*, cuando una buena vivencia pasada infravalore experiencias presentes, aunque sean buenas, o, por el contrario, cuando una mala experiencia del pasado contribuya al alivio de la vivencia presente.

A fin de cuentas, “un viaje es una experiencia para la memoria. Mientras transcurre, se intenta grabar en la mente, lo que se ve, se oye y se siente. Para ello, los viajeros registran sus viajes: escriben, dibujan, toman fotografías o graban vídeos” transmite Saldarriaga Roa (2011, p.32). En el plano tangible, “el viajero coleccionista convierte su vivienda en un pequeño museo de cosas y las exhibe como parte de la memoria de sus viajes” (Saldarriaga Roa, 2011, p.210), aunque hay cosas que no pudieron adquirirse, y de las cuales sólo queda registro en algún lugar ignoto de su mente.

Es entonces cuando el viajero recurre a la escritura, para que la luz de su presente perdure en el tiempo o incluso se avive dado que “el propio acto de escribir es un proceso constructor de experiencia, una forma de tomar conciencia de la transformación subjetiva” (Zygmunt, 2013, p.133). Escritura si bien simultánea o posterior, en algún momento de sosiego y concentración para asegurarse de que detalles vivenciales no caigan en el olvido (García Mas y García Mas, 2005). Un proceso que Latorre (2017,

p.105) define como tratar “de fotografiar el momento con palabras, [...] sin las fronteras del espacio y el tiempo, solo instantes”. Escritura si bien diurna o nocturna. Diurna comprendida como aquella en la que el autor retratado en la realidad exterior expresa “una percepción del mundo que comparte personalmente” en la que “quiere dar sentido a las cosas; colocar cada experiencia particular -por punzante que sea- en una totalidad que la comprende” (Magris, 2005, p.16). O nocturna y repleta de perturbación, en virtud de la cual se llena de asombro así mismo porque “puede revelarle lo que no siempre sabe que es y que siente; sentimientos o epifanías que eluden el control de la conciencia” (Magris, 2005, p.16). “Una escritura que a veces es el encuentro, enajenador y creativo, con una sosia o cuando menos una componente desconocida de sí mismo que habla con otra voz” (Magris, 2005, p.17), tan inhóspita como el álgter ego que yacía silenciado durante el viaje y que ahora se adueña salvajemente de su identidad.

7.1.3 La memoria colectiva

La memoria colectiva persuade al estudio hacia la rememoración del concepto de representaciones sociales abordado *durante* el viaje. Aquellas construcciones simbólicas del individuo y la sociedad de la que es partícipe perduran y se repiten a lo largo del tiempo erigiendo las ideas culturales de un lugar. Cuando dicho lugar “ha sido utilizado durante un importante lapso de tiempo por un colectivo determinado, aparece el proceso que llamamos memoria colectiva” (García Mas y García Mas, 2005, p.191). La memoria colectiva de la mano de Blanco (citado en García Mas y García Mas, 2005), se entiende como una corriente de pensamiento natural, continua y ligada a la vida de una sociedad, cuya historia se identifica como una corriente de pensamiento artificial subordinada a una esquematización de corte didáctico. Se sitúa dentro del grupo y sus límites son tan irregulares como cambiantes. Asimismo, la memoria colectiva se sustenta sobre las tradiciones del mismo modo que la historia lo hace sobre los sucesos y los hechos.

En el otro lado de la balanza y desde el más profundo sentido antropológico, el escritor viajero de Gasquet “que nos recuerda que la experiencia de la colectividad es una vivencia individual y el individuo una creación colectiva” (2006, p.65), divaga en estos instantes por la *ciudad-memoria* de Augé (1998). La ciudad “en la que se sitúan tanto los rastros de la gran historia colectiva como los millares de historias individuales” (Augé, 1998, p.112). Lo que acerca también la memoria a su encuentro “es la existencia material y sensible de la ciudad: la ciudad es paisaje, cielo, luces y sombras, movimiento; la ciudad es olores, olores que varían con las estaciones y las situaciones” (Augé, 1998, p.117). Al

final, el viajero, se despide de la *ciudad-memoria*, pero sin olvidar su sometimiento “a la historia pasada, a la historia cuyo rastro despierta y suscita, para bien o para mal, recuerdos contrastados” (Augé, 1998, p.116).

7. 3 El infinito viajar

Bajo la óptica psicológica, el retomo de la normalidad y el mero hecho de “volver a empezar” constituyen los cimientos del proceso de formación de los recuerdos del viajero. Su recuerdo final “será la imagen que entrará a formar parte de sus experiencias, y lo que tendrá en cuenta para los siguientes viajes” (García Mas y García Mas, 2005, p.197), impulsándolo al hallazgo de nuevos recursos que incrementen su autoeficacia o aumentando la autopercepción de los logros durante su inalienable carrera de viajero.

“Nunca se llega al mismo sitio aunque se llegue al mismo destino o puerto”, pronuncia Gasquet (2006, p.57). El viajero ha sucumbido a un aprendizaje a lo largo del tiempo marcado por la ininterrumpida anticipación, “como en las imágenes mentales que son la esencia de las expectativas; o como cuando imagina la vuelta a casa en momentos de añoranza” (García Mas y García Mas, 2005, p.219); viviendo sincrónicamente la experiencia presente y lo que espera vivir por medio de “mecanismos atribucionales, por ejemplo, o de comparaciones con sus expectativas” (García Mas y García Mas, 2005, p.219); y retornando al pasado para confeccionar un souvenir vivencial. De este modo, acomete un viaje en el tiempo que “va de la fantasía y la imaginación al recuerdo, pasando por las emociones” (García Mas y García Mas, 2005, p.219), en el que los kilómetros son lo de menos. Un viaje que consiste esencialmente en visitar un lugar de la propia mente, repleta de imágenes, información y conocimientos (Saldarriaga Roa, 2011, p.206), “cuya dimensión iniciática reside en la exploración humana” (Gasquet, 2006, p.65). Un viaje más allá del caleidoscopio ilusorio del turismo concebido por Augé (1998), en el que el mundo existe todavía en su diversidad. “Un viaje que procede siempre hacia delante, hacia un malvado infinito, como una recta que avanza titubeando en la nada, Ítaca y más allá” (Magris, 2005, p.9).

8. CONCLUSIONES

La imaginación, la memoria y la esperanza son a nuestra esencia moral (Burton, 2001), lo que el viaje, la psicología y la literatura son a este estudio. Laberinto de tiempos en el que confluyen la mente y la mirada del viajero, ciencia y experiencia,

aproximándonos un paso más hacia la comprensión del fenómeno de viajar. Por un lado, la mente, aunque no navegue por las profundidades de la disciplina psicológica, vislumbra impetuosamente la estructura de los procesos mentales del viajero, las sensaciones, percepciones y su relación con el mundo y la sociedad. Por otro, la mirada, binomio indisociable de literatura y escritura, un cuadro tan fiel como reinventado, que inspira, rememora, recrea la experiencia transformadora a la que sume el viajero, inundando de vida la estructura de la mente y sine qua non sería posible comprenderla. Mirada que lejos de ser solitaria, se identifica con la mirada de la figura mosaica de un viajero, que a medida que avanzaba desfasadamente en el tiempo era cada vez más reconocible. Tesela a tesela de sus vivencias en ciudades anónimas y a la vez tan distinguidas por la imaginación, encuentros y recuerdos que evocan. Siendo este estudio no más que la mera invitación a proyectar nuestra propia mirada a través del caleidoscopio del mundo. Entendido como la cavidad diáfana a la que la simbiosis de nuestra mente y nuestra psique da sentido. En función de cómo impacte en ella tanto el álgido movimiento de nuestros firmes pasos como los imprevisibles del motor inmóvil de la sociedad, nuestros procesos mentales, sensaciones, percepciones y comportamientos reflejarán distintas geometrías tan inalienables como fugitivas, que por mucho que intentemos reconstruir, a un paso entre la imaginación y el recuerdo se hallarán. Una mirada que augure nuestra autocomprensión como viajeros para entender al menos un poco más la diversidad que tanto atañe al mundo. Aludiendo a *La mirada del viajero* (Latorre, 2017), ese impulso a salir del bosque para contemplarlo en su totalidad, entendiendo “quienes somos, qué queremos, dónde estamos y a dónde queremos ir”. Sin duda, “la vida es lo que nosotros hacemos de ella. Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos” (Pessoa, 2010, p.186).

9. BIBLIOGRAFÍA

Augé, M., 1994. *Los “no lugares”, espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.

Augé, M., 1998. *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa.

Borges, J. L., 1979. *El Hacedor*. 3a ed. Madrid: Alianza Editorial.

Botterill, T.D. & Crompton, J.L., 1996. Two Case Studies Exploring the Nature of the Tourist's Experience, *Journal of Leisure Research*, vol. 28, no. 1, pp. 57. Disponible en: <Two Case Studies Exploring the Nature of the Tourist's Experience - ProQuest> [Consultado el 4 de septiembre de 2021].

Burton, R. F., 2001. *Wanderings in West Africa From Liverpool to Fernando Po*. Santa Barbara, Calif: Narrative Press.

Burkart, A. J. y Medlik, S., 1981. *Tourism: past, present and future*. William Heinemann Ltd.: London.

García Mas, A. y García Mas, A., 2005. *La Mente del Viajero. Características psicológicas de viajeros y turistas*. Madrid: Thomson Editores Spain.

Gasquet, A., 2006. Bajo el cielo protector. En: M. Giraldo and J. Pimentel, ed., *Diez estudios sobre literatura de viajes*. [en línea] Madrid: CSIC, Instituto de la lengua española, pp.31-66. Disponible en: <<https://www.digitaliapublishing.com/visor/18471>> [Consultado el 20 de septiembre de 2021].

Labordeta, J., 2010. *Un país en la Mochila*. Valladolid: Divisa Home Video.

Latorre, S., 2017. *La mirada del viajero*. 1a ed. Madrid: Desnivel.

Leed, E., 1992. *La mente del viaggiatore*. Bolonia: Il Mulino.

Leiper, N., 1990. Tourist attraction systems. *Annals of Tourism Research*. [en línea] New Zealand: Massey University, pp.367-384. Disponible en:<<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/016073839090004B>> [Consultado el 4 de octubre de 2021].

Litvak, L., 1987. *El ajedrez de estrellas*. Barcelona: Laia

Magris, C., 2005. *El infinito viajar*. Barcelona: Anagrama

Maslow, A. H., 1991. *Motivación y personalidad*. Madrid: Diaz de Santos

Moscovici, S., 1985. *Psicología social*. Barcelona: Paidós.

Pearce, P. L., & Lee, U.-I., 2005. Developing the Travel Career Approach to Tourist Motivation. *Journal of travel research*. [Online] 43 (3), pp. 226–237. Disponible en: <Developing the Travel Career Approach to Tourist Motivation - Philip L. Pearce, Uk-II Lee, 2005 (sagepub.com) > [Consultado el 4 de octubre de 2021]

Pessoa, F., 2010. *Libro del desasosiego*. Tenerife: Baile del sol.

Petit, C. M., 2004. *Introducción a la psicología social: manual para los estudios de turismo*. Córdoba: Editorial Brujas. Disponible en: <E Libro> [Consultado el 10 de septiembre de 2021]

Piglia, R., 2005. *El último lector*. Barcelona: Anagrama

Rubio, P., 2006. Nuevas estrategias en la narrativa de viajes contemporánea. En: M. Giraldo and J. Pimentel, ed., *Diez estudios sobre literatura de viajes*. [en línea] Madrid: CSIC, Instituto de la lengua española, pp.232-243. Disponible en: <<https://www.digitaliapublishing.com/visor/18471>> [Consultado el 4 de septiembre de 2021].

Saldarriaga Roa, A., 2011. *El viaje : el mundo como lugar*. Bogotá, D.C: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano. <Visor Digitalia (digitaliapublishing.com)> [Consultado el 4 de octubre de 2021]

Sales, D. y Torrent, R., 2008. *Volvemos a viajar*. Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I.

Savater, F., 2013. *La aventura africana*. España: Antonio Machado.

Shulman, G., 2008. Habitar el mundo. En: *Volvemos a viajar*. Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I. pp. 9–29.

Sirakaya, E. and Woodside, A., 2005. Building and testing theories of decision making by travellers. *Tourism Management*, [online] pp.815-832. Disponible en: <<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0261517704001256>> [Consultado el 20 de septiembre de 2021].

Stoetzel, J., 1969. *Psicología social*. 3a ed. Alcoy: Marfil.

Unwto.org. 2021. Glosario. [en línea] Disponible en: <<https://www.unwto.org/es>> [Consultado el 4 de octubre de 2021].

Urry, J., 1990. *The tourist gaze: Leisure and Travel in Contemporary Societies*. 1a ed. London: Sage Publications.

Uysal, M., 1996. *Global tourist behavior*. Paperback ed. New York: International Business Press.

Zygmunt, K., 2013. La construcción de la experiencia del viaje en la escritura: figuras del escritor viajero contemporáneo. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*. Disponible en: <(6) (PDF) La construcción de la experiencia del viaje en la escritura: figuras del escritor viajero contemporáneo. (Karolina Zygmunt) | Kamchatka. Revista de análisis cultural - Academia.edu> [Consultado el 20 de septiembre de 2021].